

## IX

## En el depósito.

En el momento en que el omnibus que debía conducir á Aurora al depósito se paró delante de la Comisaría, acababan de llegar los agentes que conducían al fiel criado del general Fugeret.

—¿Qué es lo que ha hecho ese?—preguntó el secretario.

—Rebelión y golpes á los agentes.

—¡Ah, diablo! al depósito.

Uno de los guardias añadió.

—Ha dado un empujón al jefe, pero ¡bueno!

—¡Oh! ¡oh! eso os costará caro mocito.

José María hizo un gesto de desdén.

—Mi general arreglará el asunto—dijo.

El bravo mozo estaba muy tranquilo.

Con su general no tenía miedo á nadie.

A una orden suya hubiera despellejado al mismísimo comisario de los piés á la cabeza.

Al ver á Aurora, á quien por decirlo así, lanzaban en el coche, echó tras de ella diciendo:

—No tengáis miedo, aquí estoy yo.

Cuando ya estuvieron dentro, el secretario dijo al cochero:

—¡En marcha!

La joven instintivamente se apretaba contra el Bretón, y como este ocupaba un ángulo del coche, cedió la plaza á su compañera de desgracia diciendo:

—¡Poneos aquí! No os dirán nada.

Una joven sucia, mal peinada, mal lavada,

con el cuerpo del vestido hecho girones, mal encarada, dijo con voz chillona y aire burlón:

—¿De qué? ¿Os avergonzáis de la compañía? ¡Os las echáis de princesa! ¿Has concluido cara de cotorra?

Un vecino la calmó.

—Déjala—dijo—no estará tal vez acostubrada. Ya se domesticará.

La recolección había sido abundante.

El coche estaba bien repleto.

Un olor nauseabundo que se desprendía del interior levantaba el estómago.

Los dos sexos se encontraban casi en la misma cantidad allí representados.

Aurora no se atrevía á levantar los ojos hacia sus vecinos.

La faltaba valor.

Nada en su pasado, ni en su imaginación la había preparado para lo que veía, ó más bien para lo que adivinaba á su alrededor como una verdadera pesadilla.

José María la sentía estremecerse y temblar.

—No tengáis miedo—la repetía con cariño.

—Esto no es nada, mi general lo arreglará, ya lo vereis.

Los viajeros de aquel coche celular, por emplear el término consagrado, hablaban poco.

Algunos cabeceaban bajo la influencia de la embriaguez ó del sueño.

Casi toda aquella gente había pasado la noche en la prevención.

Por fin, se oyó el ruido que hace un carro al rodar bajo una bóveda sonora, y la joven que había dirigido antes la palabra á Aurora y que sin duda había hecho varias veces la travesía, dijo con tono burlón:

—¡El Palacio! ¡Todo el mundo se apea!  
El coche quedó pronto vacío.

Aurora hubiera querido agarrarse á su compañero, pero se encontró violentamente separada.

Dos agentes la cogieron cada uno por un brazo y la llevaron por pasillos oscuros hasta una oficina donde tomaron su nombre, sin que se la interrogase, sin que la hicieran la menor aclaración sobre la causa de su arresto, y se vió de nuevo impulsada á través de un dédalo de corredores y por fin encerrada en una celda, donde no había más que una cama de hierro, una mesita y el jarro tradicional de las prisiones.

Allí, aunque sola entre aquellas cuatro paredes, ya no estaba al menos confundida con la repugnante jauría de que acababa de separarse.

Sentada en la única silla que tenía, con la cabeza entre las manos, los labios crispados y la vista fija y biliosa, miraba vagamente la pared que tenía delante de ella, su único horizonte, y se preguntaba porque serie de hechos raros había sido llevada á aquel receptáculo de bandidos.

¿Qué tenía que reprocharse?

Nada.

Y sin embargo, había sido arrestada por orden de uno de esos seres los más odiosos y más viles que ella hubiera podido soñar.

Conducida á la prevención, arrojada en una especie de calabozo, entre vagabundos y mujeres perdidas, y por fin, encerrada en aquella celda, de la que no sabía, ni como ni cuando saldría.

Y todo esto, porque había contestado á un hombre á quien no conocía, y en cuya cara se veía pintada la lujuria «No quiero.»

Su corazón estaba destrozado, muerto.

Si revivía, no sería más que, para el odio ó al menos para la indiferencia.

Las horas pasaban, poco á poco desapareció el día.

Agobiada de fatiga, concluyó por dejar caer la cabeza sobre sus brazos y se durmió.

El ruido de una llave que giraba en la cerradura la despertó.

Se levantó bruscamente.

Una mujer estaba en pie delante de ella.

Era alta, seca, con la piel apergaminada, descolorida, sembrada de pústulas por los malos aires que allí se respiraban.

Estaba vestida de negro.

Examinó con una mirada á la nueva prisionera y la dijo:

—¿Dormíais, hija mia?

La voz era desagradable como su mirada.

Aurora contestó mal impresionada:

—Ya lo veis.

—Van á traeros la comida. Tenéis derecho á mejorar el rancho de la casa.

—¡Ah!

—Pagando, por supuesto. ¿Tenéis dinero?

—No; algunos céntimos tal vez.

La visitante se apoyó en el hierro de la cama, y repuso después de un corto silencio:

—¿No os han interrogado á vuestra llegada?

—No.

—¿De qué se os acusa?

—Lo ignoro.

—Parece que estáis complicada en un asesinato que hace mucho ruido. Resultan contra vos cargos bastante graves... ¿Estabais presente en el momento del asesinato del marqués de Caylus?

Aurora guardó silencio.

¿Por qué la preguntaba aquella desconocida?

¿Era para comprometerla y obtener de ella confesiones?

—¿Quién sois?—la preguntó.

—¡Yo! Sencillamente la vigilante de la sección. Si necesitáis algo, yo puedo procurarlo.

—¿Podré escribir?

—Eso está prohibido.

—¿Comunicar con una amiga?

—Imposible.

—Sin embargo, yo no he hecho nada para que me traten con tanto rigor.

—Quiero creerlo. Todos los acusados dicen lo mismo. Yo hablo de objetos materiales... de ropa... de alimentos...

Aurora contestó en tono breve:

—Gracias, no necesito nada.

Y en seguida añadió:

—¡Ah, sí!

—Hablad.

—¿Podríais decirme qué tiempo estaré aquí, contrariamente á toda justicia.

—Yo nõ sé.

—Pero, en fin, ¿á quién pudiera yo recurrir?

—¿Conoceis personas influyentes?

—No.

—¿Algún diputado?

—A ninguno.

—¿A algún senador?

—Tampoco.

—Eso es enojoso para vos.

—¿Qué podrían hacer por mi?

—Pero...

—¿Soy culpable ó no lo soy?

—¡Ah! ¡Creeis que las cosas pasan así sencillamente! ¡No me pareceis sin embargo, tan inocente!... Pero desgraciada, podeis ser inocente como la criatura que acaba de nacer, y pasar semanas enteras en esta celda ó en San Lázaro, esperando á que el juez tenga á bien examinar vuestro asunto y enviaros ante la Audiencia ó poneros en libertad.

—¿El juez decís?

—Sin duda, el juez de instrucción.

—Eso es lo que yo pido, un juez, porque no tengo por qué temer nada de la justicia...

—Estad tranquila, tendreis uno... ya está nombrado, es seguro.

—¿Quién?

—¡Ah! eso es lo que no podré deciros. Jueces de instrucción hay una porción, hareis conocimiento con ellos. Es á dos pasos de aquí... Ocupan todo un cuerpo del edificio, con puertas numeradas, en las que están escritos sus nombres.

Aurora pensó de pronto en aquel Marcelo Danglas, á quien profesaba un verdadero horror. Si la casualidad hacía que fuera él el encargado de su causa, se encontrarían frente á frente.

El decidiría de su suerte.

¡Ironía de las cosas y de los acontecimientos! Ella habia creido no volver á verle, y ahora era posible un encuentro.

Pronuncio con timidez su nombre.

—El señor Marcelo Danglas, tal vez.

Los ojos de la vigilante brillaron un momento.

—¿Le conoceis, pues?—repuso Aurora.

Sí le conocía. Al señor Marcelo Danglas... ciertamente. ¿Quién no le conocía en el palacio de Justicia? Un magistrado joven, del mejor porvenir y desde luego muy rico. Un poco frágil, pero cuando se es rico...

Se hablaba mucho de las comidas que daba á sus colegas, á los presidentes y á los consejeros.

—Parece ser que se ha casado con una joven millonaria, cuyo padre gana lo que quiere. Con eso se consigue lo que á uno se le antoja.

Esta fué la conclusión de la vigilante.

Luego añadió:

—¡Ah! ¿Conocéis al señor Danglas?

—Por haber oído hablar de él, nada más.

—¡Es lástima!... El hubiera podido ayudaros á salir de apuros. No es cómodo esto... Una vez entre las cuatro paredes del depósito ó de San Lázaro, no se sale fácilmente.

La puerta se abrió de nuevo.

Esta vez fué una simple criada quien entró.

Entonces la vigilante se retiró diciendo:

—No os desesperéis... ¡Animo... volveré á veros!...

Y Aurora quedó frente á frente con la criada, que colocaba sobre la mesa un plato de hoja de lata lleno de rancho.

—Aquí teneis la comida—dijo.—Habeis venido en buen dia, en el día de cocido. No morireis de hambre esta noche.

Y, lo mismo que la vigilante que acababa

de salir, examinaba á la prisionera con curiosidad.

Fué á la puerta, se aseguró de que no había nadie en el pasillo, y volviéndo al lado de Aurora la dijo en voz baja;

—¿Es por el asunto del marqués por lo que estais aquí?... Se habla mucho de él.

—Sin duda... No lo sé seguro.

—Sí, sí... Yo lo sé... Voy á daros un consejo: Me pareceis buena. No puedo menos de interesarme por vos... Que os pregunten lo que quieren no confeseis.

—Pero yo no tengo...

—Bien... pero no confeseis nada os digo...

Y en seguida repuso:

—Me voy, porque si esa mal bicho que estaba aquí ve que tardó pondrá el grito en el cielo... ¡Sobre todo, ni una palabra delante de ella!

Y se marchó diciendo entre dientes:

—¡Ah! la bestia, es peor que la sarna; mala como un diablo.

La llave giró en la cerradura.

Aurora estaba sola hasta el dia siguiente.

Miró el plato que contenia su comida de prisionera, su pedazo de pan moreno, su cántaro de agua, y volvió la cabeza con disgusto.

Entonces pensó en todos aquellos á quienes había querido, en su amiga Elena, que debía estar sumergida en mortales ansiedades; en el marqués de Caylus, que había sido muerto por causa de ella, indudablemente.

En medio del caos de ideas que se apiñaban en su cabeza enferma, una pregunta, sobre todo, se hacía:

¿Por quién había sido muerto el marqués?

¿Quién había concebido la idea de un crimen tal?

El nombre del barón Saint-Aubin volvía á cada instante á sus labios.

Un secreto instinto la decía:

—¡El es!

El hombre que ella había encontrado la noche del crimen, y que marchaba á toda prisa, envuelto en su gaban, con la mitad de la cara oculta por el cuello que llevaba levantado, tenía un cierto parecido con el barón.

Era de la misma estatura, la misma manera de andar, el mismo cuerpo.

Sin embargo, rechazó la sospecha que la había ocurrido de pronto, y se preguntó:

—¿Por qué lo hubiera hecho?

¿Con qué objeto?

¿Es que era ella de esas mujeres por quienes los hombres juegan su vida y se matan?

¡Qué absurdo!

Ella sabía que era guapa.

¡Se lo habían repetido tantas veces!

Pero se decía:

—¡Cuántas otras lo son como yo!

¡Si siquiera fuera rica!

En aquel momento sintió desfallecimiento en el estómago.

Desde la víspera, después del desayuno que tan galantemente le había servido el mozo del señor Rabier, no había tomado nada.

Tenía zumbidos en los oídos, deslumbramientos. De cuando en cuando sentía que sus párpados la dolían como si hubiera tenido en ellos millares de agujas que la picaran.

El plato de hoja de lata estaba á su lado.

El olor del rancho la atraía.

Después de todo tendría que luchar por su honor y su libertad.

Quería estar fuerte y defenderse.

Se sobrepuso á su repugnancia y, cerrando los ojos lo comió.

Después, sin desnudarse, se echó en la cama.

Bien pronto se quedó dormida como un tronco y no despertó hasta muy entrado el día.

Cuando la criada entró de nuevo, al ver el plato vacío, exclamó:

—¡Así me gusta! ¡Es preciso hacer por la vida! ¡Tomad fuerzas y defenderos! ¡Sobre todo creedme... no confeséis jamás! ¡Os traeré el almuerzo á las doce! ¡Animo!

Pero mucho antes de que el almuerzo hubiera llegado, se presentaron dos guardias en la puerta de la celda.

Les acompañaba la vigilante.

Uno de ellos preguntó:

—¿Aurora Milton?

—Yo soy.

—Seguidnos.

—¿A dónde me lleváis?

—Al despacho del juez de instrucción.

—¿Quién es?

—El Sr. Danglas.

Aurora sintió una conmoción eléctrica y, sin pronunciar una palabra, obedeció y salió de la celda.

## X

### Un bonito asunto.

No era solo en el Palacio de Justicia, en la Prefectura de policía, entre los jueces, los abo-